

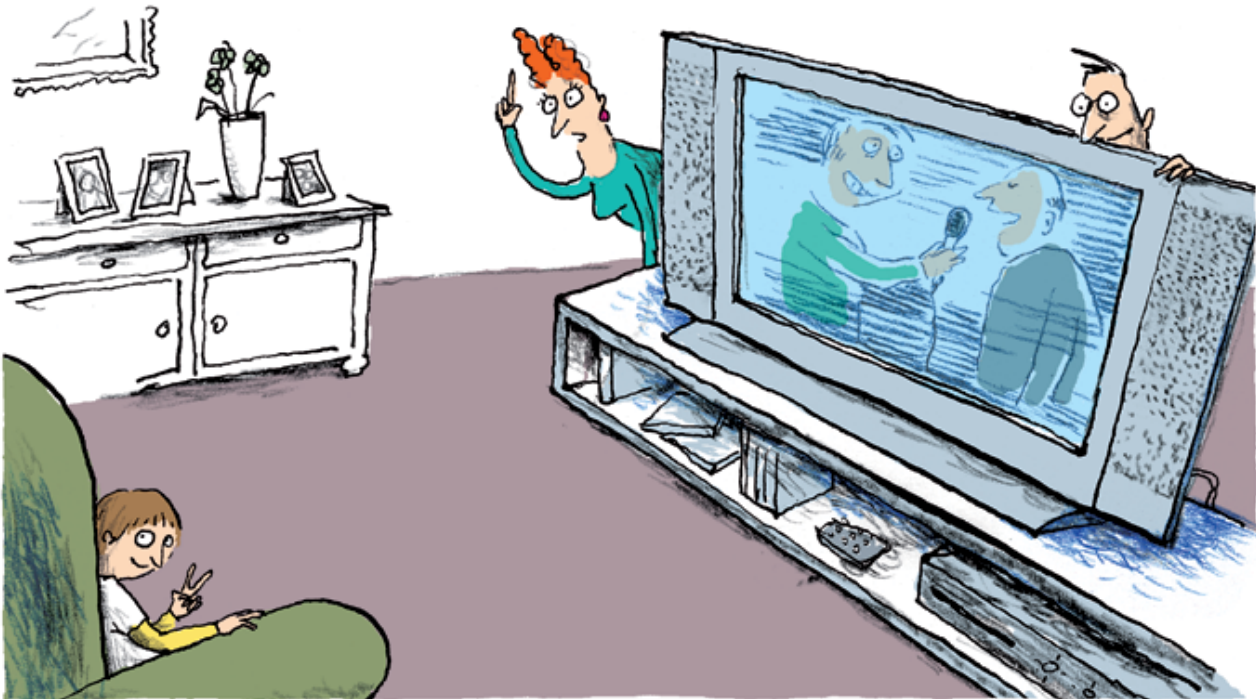


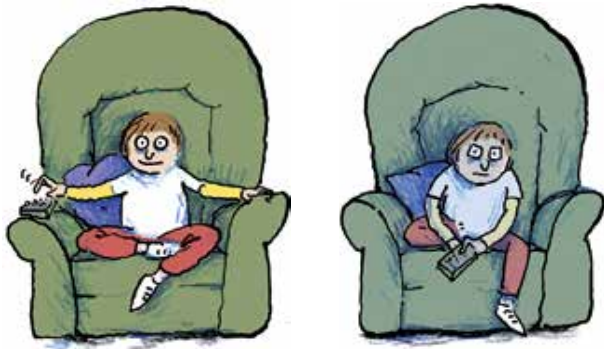
EL CUENTO DE LUCAS Y EL TELEVISOR

Los padres gritan entusiasmados:
«¡El televisor nuevo ha llegado!».

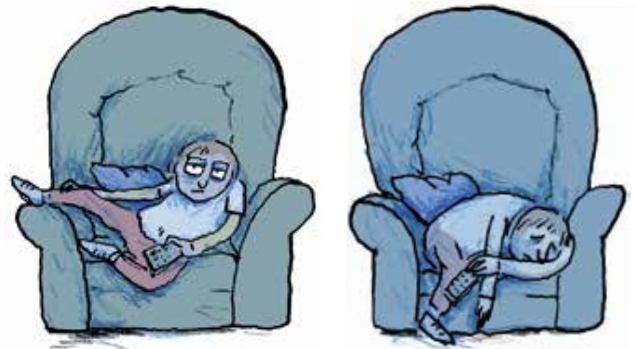
Su pantalla es tan desmesurada...
¿No habrá sido la compra inadecuada?
¡Qué importa! Apenas lo han desembalado,
a la red de inmediato han enchufado.
Lucas entonces se sienta en el sillón
y mira embobado la televisión.

Su mamá, una buena educadora,
lo reprende: «Lucas, ¡no más de una hora!».
Dice que sí, pero lo ha decidido:
verla dos horas es más divertido.





Lucas, que antes jugaba en el callejón,
ahora ya no se levanta del sillón.
Ojos con legañas, empieza a bizquear;
el mando le ha hecho callo en el pulgar.
El mundo es plano, tiene cuatro esquinas,
tantas horas de tele son dañinas.



Se pasa todo el día enganchado;
nada más le interesa, está alelado.
Se cuela por la noche en el salón
y se traga toda la programación.



Dice su mamá: «¡Qué desasosiego!
Como siga así, se va a quedar ciego».
Pero Lucas no parece comprender
y el muy necio se deja entontecer.

Una pareja se besa con ardor;
se acerca más para verla mejor.
Tanto a la pantalla se ha aproximado
que un porrazo en la frente se ha pegado.



Y entonces Lucas nota —¡ay, qué horror!—
que una fuerza lo arrastra al interior.
Con gran energía intenta resistir,
mas pronto comprende que no puede huir.
La cabeza y los hombros le ha engullido
y los brazos ya han desaparecido.



Mamá lo ve y por las piernas lo agarra;
sola ella no puede, a los otros llama.
Padre, abuela, hermana acuden a ayudar
y todos a una empiezan a tirar.
Por mucho que tiran, lamentablemente,
Lucas desaparece totalmente.

Ahora debe de haber subido al cielo;
de él sólo queda un zapato en el suelo.
La madre, al verlo, no para de llorar
y el padre en vano la intenta consolar.

